

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 316

Barcelona, 14 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

**Aunque
Mussolini ve-
nía envolvien-**

**do desde hace tiempo
en un teatral desdén a
la Sociedad de Nacio-
nes, rompe ahora todo
vínculo con ella para
tener las manos libres.**

(De las palabras dichas por el mi-
nistro de Defensa, Sr. Prieto).

El Gran Consejo de Falan- ge o la farsa de Burgo

Días pasados, en el monasterio de las Huelgas de Burgos, se constituyó el llamado Gran Consejo de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Presidió el acto el generalísimo Franco. Tenía a su derecha al embajador de Alemania en el campo rebelde y a su izquierda al de Italia y al cónsul general de Portugal. Ocupaban sitios destacados nutridas representaciones de los fascistas italianos y de los nazis alemanes. Daban guardia de honor los moros de la escolta personal de Franco, mandados por el tristemente famoso capitán Lizardo Doval.

Franco se había reservado el nombramiento de las seis décimas partes de los miembros del Consejo, para tener en el mismo, de esta manera, la mayoría absoluta. Y anunció que se compondría de las personas que siguen:

Pilar Primo de Rivera, Conde de Rodezno, José María Pemán, Bilbao, General Orgaz, Muñoz Aguilar, Mercedes Sanz Redondo, General Dávila, Balestoreba, Suero, General Queipo de Llano, María Urraca Pastor, Yanguas, Messia, Luna Menéndez, Valiente, Aznar, Roldán, Serrano Suñer, García Valdecasas (este fué elegido diputado de las Constituyentes en la misma candidatura que don Fernando de los Ríos), Sáinz Rodríguez, Jiménez Caballero, Jiménez Arnau, General Gómez Jordana, Oriol, Urquijo, Martínez Bedoya Mañón, González Bueno, General Yagüe, Dolz Miranda, Vega Latapié, Izurdiaga, Monasterio, Panizo, Gazapo, Barrado, Gamero, Aunós, González Vélez, Girón, Urbina, Melgarejo, Halcón, Arellano, Sancho Dávila, Toledo, Rivas Sera y Fernández Cuesta. Franco ordenó, azorado, naturalmente, que este último fuera el secretario general.

Como puede verse por la lista anterior, en el Gran Consejo de Falange Tradicionalista y de las JONS sólo hay traidorzuelos, arrivistas, militarotes y algunos aristócratas y millonarios que servirán de coro. También figuran unos cuantos fugitivos del alfonismo de Goicoechea, que han creído que su permanencia en las

filas de Renovación Española sería perjudicial para su carrera política. No hay en todo el Gran Consejo una figura prestigiosa, ni una personalidad literaria, científica, artística, que valga la pena. La intelectualidad está representada por el poetilla Pemán, por el intrigante y adocenado Sáinz Rodríguez, por el tráfuga García Valdecasas, que saltó del republicanismo socialista al fascismo de una sola vez, y por el payaso de Jiménez Caballero...

¿Qué tiene que ver España con tal gentecilla? Los Urquijo y los Halcón, los Oriol, ¿qué masas sociales representan?

Ni el pueblo, ni la clase media, ni los intelectuales, tienen dentro del Gran Consejo de Falange un delegado de su seno, alguien que, con derecho mínimo siquiera, pueda hablar en nombre suyo. Se trata de un organismo inútil, de una superfetación, de una rueda montada al aire.

Y es natural que pertenezcan a ella generales como Queipo de Llano, el borracho torturador y fusilador, hazmerreír de los radioescuchas de Europa, Africa y América, y Yagüe, el ametrallador de las plazas de Toros de Badajoz y Almendralejo, y Gómez Jordana, el incapaz, inmoral y lacayuno cortesano de Alfonso XIII, y Orgaz, el ejecutor de bajas obras de Primo de Rivera, conspirador permanente contra la República a la que había jurado fidelidad...

**

¿Puede organizarse, sobre base tan deleznable, un Gobierno con apariencia de estable y regular? Nadie podrá creerlo. La España fascista sigue siendo una inmensa anarquía contenida por el terror, un caos enorme, del que no puede salir ordenación alguna.

Alfonosinos, juanistas, legitimistas del príncipe Javier, realistas del príncipe Sixto, falangistas, continuarán debatiéndose, injuriándose, amenazándose, tiroteándose, degollándose, y únicamente les reconciliará provisionalmente, la perspectiva de una nueva y vasta matanza, como las de Málaga, Bilbao, Santander y Asturias...

La normalidad de la vida en Madrid

Del artículo publicado por Sefton Delmer en «The Daily Express», traducimos lo siguiente:

«¡Madre, madre, madre!
Los chicos dejaron de jugar al «foot-ball» y gritaron ante las ventanas de sus casas, donde sus madres estaban dedicadas a las faenas domésticas.

Un carro cargado de cebollas subía penosamente por la calle y ya las primeras mujeres habían formado «cola» a la puerta de la verdulería, con la tarjeta de abastecimiento familiar en la mano, en espera de su ración.

¡Pum!
Una granada de la batería rebelde emplazada en el monte Garabitas —una de esas granadas solitarias de las que nadie se ocupa— estalló a diez metros de la cola. Cinco madres cayeron.

El carro, que no había sido alcanzado por la metralla, fué rápidamente descargado, y tres de los heridos más graves conducidos en él a la casa de Socorro más próxima.

Pocos minutos después los chicos jugaban de nuevo al «foot-ball» y las mujeres seguían entrando en la tienda para proveerse de la mercancía.

Unas declaraciones del Ministro de Defensa Nacional sobre el alcance de la retirada de Italia de la Sociedad de Naciones

Interrogado el ministro de Defensa Nacional sobre la retirada de Italia de la Sociedad de Naciones, ha dicho lo siguiente:

«Es harto significativo que el anuncio de esa retirada se haya hecho precisamente la víspera de una gran ofensiva que se prepara dentro de nuestro territorio y en la cual se asigna parte principal a las unidades del ejército italiano, cuya movilización hacia los frentes elegidos registramos nosotros estos días. Aunque Mussolini venía envolviendo desde hace tiempo en un teatral desdén a la Sociedad de Naciones, rompe ahora todo vínculo con ella para tener las manos libres, evitándose dificultades o, cuando menos, molestias en la realización de sus designios con respecto a España, para tomarla como posición militar en futuras y más vastas empresas guerreras, dictadas por su loco afán de aventuras imperialistas. Quien no lo vea así será porque la estupidez le ha vuelto ciego.»

La crítica situación de Marruecos empeora

El nacionalista que se vendió a Franco, Abdehalla-Torres, detenido

Tánger.—El corresponsal de «Le Travail», de Ginebra, comunica a su periódico que siguen produciéndose en el Marruecos rebelde graves manifestaciones en contra del general fascioso Franco. Se sabe de buen origen que han llegado a Tetuán un centenar de prisioneros, soldados del Tabor acantonados en la ciudad santa de Xauen y que se habían sublevado. En varias localidades del Protectorado las tropas patrullan por las calles. Finalmente, el jefe del Partido Nacional Reformista, Abdehalla-Torres, habiendo manifestado alguna oposición frente a los rebeldes españoles, se halla actualmente detenido en su domicilio.

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta

Esto sucedió esta mañana.
Puede ocurrir cualquier mañana. Y Madrid no se preocupa.

La vida de la ciudad continúa, como si el enemigo no lanzara sus granadas mortíferas contra el vecindario indefenso.

Echemos una ojeada a la página de anuncios por palabras de un periódico de la mañana.

Empieza con «Abogado que ofrece sus servicios por honorarios moderados». Como daba el número de su teléfono, le llamé. Me dijo que los juicios se celebran en Madrid como de costumbre; él tiene muchos asuntos, principalmente casos de divorcio.

Después se insertan anuncios de habitaciones que se alquilan; de dos escuelas en donde se enseña a conducir automóviles. Se desea una bicicleta y otra se vende.

Hay anuncios de «se necesitan cocineras, doncellas y otras sirvientas»—muchos de éstos señalan como atractivo que la casa está situada junto a una estación del metro. En

otros, se solicitan cortadores para sastrería, oficiales de modista, traductores de francés e inglés, etc. Veintiuna porteras ofrecen sus servicios.

«Se pagan precios extraordinarios por muebles, máquinas de escribir y libros viejos». (La feria de libros viejos de Madrid sigue haciendo buen negocio.)

Mas si todas estas muestras no bastasen para convencer a los lectores de que la vida en Madrid es normal, yo diré que en la calle donde habito he visto un camión parado y a unos hombres metiendo unos muebles en una de las casas; en el edificio situado frente al palacio de la Bolsa se celebran bailes los sábados y domingos; que el cartero está en este momento recogiendo las cartas del buzón de la esquina; que el portero ha subido esta tarde a casa, a la hora de comer, para cobrar el alquiler del mes de diciembre, alquiler que ya no se paga a la familia de la Cierva, inventor del autogiro, antigua dueña de la casa, ni a los anarquistas que se incautaron del inmueble en los primeros momentos de la guerra, sino al Ayuntamiento de Madrid.

El portero aceptó con alegría la propina de este mes, al igual que el sereno, quien, según tradición española, vigila la calle y abre el portal cuando se nos olvida la llave.

En las tiendas se advierten preparativos para Nochebuena.

En los escaparates, han hecho su aparición los milicianos de juguete, las flores artificiales y los pañuelos de encaje para las señoras.

Y, asombro de los asombros, en la tienda de vinos había esta mañana un viajante que preguntaba al dependiente si necesitaba «papel de envolver o bolsas».

La pequeña zapatería de la esquina aún fabrica «los mejores zapatos de España».

Actualmente se hace una campaña especial en favor del «uso del sombrero» en beneficio de la industria.

Funcionan en Madrid veintidós teatros y treinta y siete cines.

Hay algo que no es normal. No circulan los taxis. Se ha de ir a pie o tomar el tranvía o el metro.

(«Daily Express», 7-XII-37.)

¡El fascismo se desmorona en el Sur!

Frente a la barbarie de los rebeldes, las gentes se resisten a obedecer, conspiran y organizan la fuga a territorio leal
Hay ciudades como La Línea, donde no se ven más que viejos, mujeres y niños

Hace tiempo se dió la voz de alarma en la «Corte» de Salamanca. Se advirtió que era necesario un cambio completo en la línea de conducta que se seguía. No se ocultó el peligro, de continuar con los bárbaros procedimientos puestos en práctica por la Falange y los requetés, de los cuales protestaban y en términos de gran violencia, hasta las propias clases derechistas, avergonzadas de tanta infamia y espantadas de aquel mar de sangre inocente que amenazaba ahogarlas a todos.

Por un momento se oyeron los gritos de horror de aquellos elementos que se las prometían tan felices en los comienzos de la sublevación militar y que ahora, esquilados en sus propias bolsas, se dan perfecta cuenta de que el fascismo no logrará triunfar en España y de que, por el contrario, acarreará una catástrofe de la que ninguno de ellos podrá salvarse. Cesaron los asesinatos en las carreteras, los saqueos en los pueblos, los incendios, las palizas, las violaciones, las torturas... Pero duró lo que un sueño. Se impusieron de nuevo los falangistas y «requetés», volvieron a funcionar los tormentos en los cuarteles fascistas, se restablecieron las siniestras «sacas» de madrugada en las cárceles, actuaron con mayor sevicia los pelotones de pistoleros a jornal y la triste visión mañanera de los cadáveres acribillados a tiros y en montón sobre caminos, senderos y carreteras, se convirtió una vez más en la obsesión alucinante del vecindario de pueblos y ciudades...

Y así siguen las cosas. Son los posteriores coletazos de la bestia fascista, que se da cuenta de su impotencia y siembra el dolor por donde pasa, convencida de que está próximo el final de sus hazañas.

El fascismo se hunde en la zona rebelde, se desmorona por momentos y de una manera más pavorosa para Franco y su comparsa de asesinos a sueldo, en las tierras del Sur, donde las gentes, de la resistencia pasiva al principio, han pasado a la actuación clandestina y conspiran, devuelven los zarpazos y organizan la fuga de cuantos se resisten a soportar más infamias.

A pesar de los espías que recorren las comarcas andaluzas, en Málaga, en Cádiz, en Sevilla y en Huelva, se conspira sin cesar contra los rebeldes, que después de asesinar a millares y millares de personas inocentes, han abierto las puertas del país a la ambición de los invasores extranjeros. Se conspira en dichas ciudades y nadie vive tranquilo en ellas apenas cae el día. La Guardia civil ha llegado a contagiarse del pavor de los vecindarios y sólo sale en fuertes patrullas que sin previo aviso y al menor atisbo de peligro tirotea furiosamente a aquellos transeúntes que creen sospechosos. Todas las precauciones son inútiles. Donde menos lo esperan surgen los tiros misteriosos, los cuchillos fantasma, las estacas providenciales, que acarrearán constantes bajas en los pelotones fascistas.

En las ciudades no se da sosiego a los que se rebelaron contra la República. En los pueblos se protege a los fugitivos y se les facilita la huida a territorio leal.

Hace varios días, en La Línea, ciudad donde ya no hay más que

viejos, mujeres y niños—la juventud fué asesinada o enviada a las líneas avanzadas de los frentes de guerra—, por una lamentable equivocación de un afiliado, fué descubierta—después de cinco meses de actuación—una sociedad, de la que formaban parte incluso hombres de derecha, que se dedicaban a proteger la fuga de los perseguidos por el fascismo.

Unas tremendas palizas propinadas al detenido ya mencionado—que más tarde fué asesinado—le hicieron confesar toda la trama de la conspiración. La Guardia civil llegó a tiempo de detener a más de 50 comprometidos, entre los que había carabineros, soldados, guardias municipales y paisanos. El resultado ha sido una serie sucesiva de fusilamientos, mientras otros individuos menos comprometidos aguardan en la cárcel el asesinato nocturno o la condena perpetua en el presidio. Muchos de los detenidos, sometidos a terribles torturas para que delatasen a más afiliados de la descubierta Sociedad, han enloquecido o se hallan moribundos en los hospitales. Queipo de Llano ha mandado delegados especiales suyos para que no haya un instante de vacilación y se impongan los fallos irreparables contra los comprometidos. No es de extrañar esta animosidad de Queipo contra los vecinos de La Línea. Debe recordar con furor que éstos, con motivo de una reciente visita suya y frente a toda clase de coacciones—los piquetes de pistoleros sacaban a culatazos a las gentes de sus casas—, se negaron a engrosar una manifestación de «espontánea simpatía» organizada en su honor por los falangistas de aquella zona, por lo que hubo fuertes tiroteos en los que resultaron no pocos muertos y muchísimos heridos. No ha olvidado esto, ni el impresionante espectáculo que ofrecían al día siguiente las calles de La Línea, sembradas de banderas bicolores, escudos, gallardetes y retratos de Queipo y Franco destrozados por los suelos.

El campo gibraltareño es un presidio suelto bajo la zarpa fascista. Allí se han llevado a cabo las más monstruosas proezas, los más repugnantes crímenes y las más feroces infamias. En aquellos pueblos de La Línea, Algeciras, San Roque, Los Barrios y Cádiz, pudo imperar únicamente aquella colección de forajidos capitaneados por el ex policía Emilio Griffiths—«suicidado contra su deseo» en la cárcel de Salamanca—, que hacían del crimen y el saqueo un verdadero deporte... Pero los hechos alcanzaron zonas de crueldad tan increíbles, que desde Salamanca se les puso coto.

Ahora, después de eliminado el fatídico ex policía, se han sabido cosas muy curiosas. Emilio Villar, un jaque de Falange, ha sido condenado a trece años de presidio; el célebre Fierro, delegado de Propaganda y Prensa en Algeciras, a catorce años, ocho meses y un día; García Sánchez, alcalde que fué de La Línea, a cadena perpetua. Otros fascistas de segundo orden, en número de dieciocho, han sido condenados a penas que oscilan entre los dos y los siete años. Todo esto sin tener en cuenta la «desaparición» del capitán Fernández Pérez, comandante militar de La Línea y jefe de

Falange en aquella ciudad, cuyos asesinatos en masa se recordarán con terror a través de generaciones enteras.

Pero el fascismo no cesa en su labor de torturar a los que no cree adictos. Ahora ha puesto en práctica una nueva canallada. Como todo el mundo sabe, de los pueblos que forman la cintura que rodea a Gibraltar, hay un gran número de obreros que tienen su trabajo en la citada plaza, y al terminar su faena vuelven a pernoctar en sus casas. Como la miseria y la escasez de alimentos en la zona facciosa es terrible, todas estas gentes se traían comida ya hecha desde Gibraltar, para mitigar hasta donde fuera posible el hambre de sus hijos y de sus mujeres. Pero el propósito ha servido para que los rebeldes demostraran una vez más de qué forma y a qué extremo han perdido la sensibilidad y todo sentimiento humano. Sin previo aviso, desde hace una semana, los falangistas de servicio en la frontera se dedican a registrar a todos los que de Gibraltar vuelven a España y a quitarles cuanto comida traen para sus casas, además de obligar, entre vergajazos y golpes, a todos los que son sorprendidos con esta mercancía, a pagar una multa de cinco pesetas.

Las Universidades alemanas bajo el régimen «nazi»

(CARTA a «The Manchester Guardian»)

«Señor: Quizas interese a sus lectores la siguiente información sobre las universidades alemanas bajo el régimen nazi, que he recibido de un maestro de escuela alemán graduado recientemente.

Dígame que el número de estudiantes ha disminuido enormemente desde 1933. Antes de esa fecha, por ejemplo, había más de 3.000 estudiantes en la Universidad de Hamburgo. Ahora, no pasan de 1.200. En Berlín no hay más que 6.000 y en Jena, 800». Añade:

«Ello hace que las universidades alemanas den hoy la impresión de ser lugares abandonados. Las clases están medio vacías. Los profesores que solían dar conferencias en la gran sala—Auditorium maximum—de la Universidad de Hamburgo, ahora tienen por todo auditorio media docena de alumnos. También disminuye el número de profesores. Ello es debido principalmente a que muchos van pensionados al extranjero y a otros, los más, se les destierra por considerarlos demasiado «liberales» y no reunir por tanto condiciones para enseñar en las universidades nazis. Como resultado de ello, la Universidad de Heidelberg busca desesperadamente un profesor de matemáticas mientras Hamburgo carece en la actualidad de profesores de Historia y lenguas vivas. En todas las universidades alemanas ocurre lo mismo.

Es sintomática la disminución del número de estudiantes de idiomas. En Hamburgo, donde anteriormente centenares de alumnos leían a los clásicos, en 1936 sólo un estudiante se dedicó

¡ESO ES EL FASCISMO!

Los verdugos, sobre dos patíbulos levantados en el patio de la cárcel de Bilbao, ejecutan a un gran número de republicanos vascos

El terror desplegado por las turbas de Falange en la ciudad del Nervión, es impotente para acabar con la democracia de Euzkadi

Cada vez es más densa la atmósfera que rodea a los fascistas en Euzkadi. Bilbao es una ciudad muerta que, al entrar las tropas extranjeras, perdió su típica personalidad y enterró entre rencores su tradicional campechanía.

Cuando ya no tenía remedio, se han dado cuenta los rebeldes de su equivocación. «¡Mientras quede un vasco vivo, Euzkadi despreciará y aborrecerá al fascismo!...» Esas son las frases que aparecen en diario en todas las fachadas de las casas de Bilbao, sin que nadie logre averiguar quién las stampa. «¡Nuestros muertos de Guernica y Durango piden justicia contra sus asesinos!...» Así rezan unos mensajes clandestinos que inundan la villa, y jamás se consigue descubrir a los que los reparten.

Los vascos, ni olvidan las torturas a que se les ha sometido, ni perdonan a las turbas falangistas sus constantes ferocidades.

Los asesinatos cometidos desde que las tropas italianas entra-

ron en Bilbao, los saqueos, los incendios, los constantes encarcelamientos, las torturas, las multas, las persecuciones... Nada obliga la entereza de los vascos. Siguen encerrados en el dolor de sus hogares devastados, negándose a tender la mano, a contribuir a suscripciones, a engalanar sus balcones, a concurrir a desfiles y manifestaciones y mucho menos a convivir con alemanes, italianos, portugueses y rifeños, invasores de su patria.

La resistencia pasiva de Euzkadi frente a los pistoleros fascistas es tan patente, que hasta el propio «generalísimo», en unas recientes declaraciones, con frase preñada de desolación y rencor, ha dicho: «No merecía la indiferencia de este pueblo, los sacrificios que hemos hecho para conquistarlo y proporcionarle las grandes ventajas del nacional-sindicalismo...»

¡Es la confesión explícita de un fracaso absoluto! Euzkadi quiere nada con los que destruyeron Guernica y Durango, con los que atropellaron torpemente a sus mujeres y asesinaron a sus hombres. Los vascos jamás aceptarán el fascismo.

Ahora, en medio del silencio absoluto, sin tolerar que hasta Bilbao lleguen periodistas extranjeros, la Falange y los requetés, en feroz competencia, llevan el dolor y la tragedia a miles de hogares.

En la cárcel de Bilbao, en el patio central, se han levantado dos patíbulos, donde los verdugos ejecutan republicanos, socialistas, sindicalistas, comunistas y nacionalistas, obreros, médicos, ingenieros, militares, sacerdotes, abogados, industriales y empleados, cuyo delito fué negarse a aceptar el vasallaje de las hordas aventureras que Hitler, Mussolini y Franco volcaron sobre la ciudad liberal, cuna del nacionalismo vasco de España.

Tres años de cárcel por un gesto de solidaridad con la España republicana

Varsovia. — El Tribunal de Varsovia acaba de condenar a tres años de reclusión a un trabajador por haber — según dice el diario oficial «Gazeta Polska» — recogido dinero para los niños de España. Habiendo dicho el abogado defensor que esto no era una actividad subversiva, sino humana, el procurador general respondió que el movimiento de solidaridad con España era «contrario a los intereses del Estado polaco y revolucionaba al pueblo de Polonia».

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

Firmado: F. Elwyn Jones.
Goldsmith Building, Temple, Londres, E. C. 4.

7 de diciembre de 1937.

Burgos, antes de la guerra civil

Desde el año 1928, en que ingresé por oposición en el Secretariado Judicial, he venido actuando en estas funciones en diversos lugares.

Primeramente, fui destinado al Juzgado de Riaza; éste un pintoresco pueblecito segoviano, de tanta belleza y conveniencia para la salud como escasez en los rendimientos profesionales.

En el mes de julio del año 1932, y en virtud de nuevas oposiciones, fui destinado al Ferrol, traslado que representaba un gran avance en mi carrera. El Ferrol es un industrial y hermoso puerto gallego, situado al Norte de la provincia de Coruña, delicioso en época veraniega, pero crudo e inhóspito durante el invierno por sus constantes lluvias.

Después del Ferrol, tuve una breve actuación en Madrid, en el Juzgado especial creado para la represión del Terrorismo, y en el mes de noviembre de 1935 pasé a ocupar el Juzgado, vacante a la sazón, de Burgos.

Siempre alejado de la política, no habiendo actuado en partido alguno, comprendía que el ambiente de Madrid, en aquella época de luchas políticas y turbulencias sociales, no era el más indicado para ejercer la profesión, y Burgos, tranquilo, conveniente desde el punto de vista económico, se ofrecía ante mí como un remanso donde continuar el ascenso en mi carrera.

Fui destinado a Burgos en el mes de noviembre, tomando posesión de dicho Juzgado el día 27 de ese mes; acudía a este nuevo destino con una gran dosis de entusiasmo, aunque el recuerdo que yo conservaba de esta ciudad no era muy alentador.

Las ciudades castellanas tienen una belleza poética íntima. Avila, Segovia, el propio Burgos que yo conocía de antemano, tienen para el visitante encantos y bellezas difícilmente superables; entre todas ellas, acaso sea Burgos la más rica en valor tradicional, y sin embargo es la única que pugna por no quedar alejada en el recuerdo del pasado, e intenta agregarse a la corriente moderna de la vida. Por ello resulta tan interesante.

Ya la naturaleza acusa en su variedad un contraste notable: distínguense sobremanera, en la provincia, las zonas central y sur, de pardas llanas y extensos trigales, de la norteña, con su paisaje abrupto y verdor exuberante.

Lerma, Castrojeriz, las grandes llanas de Aranda, granero inmenso de Castilla, se enlazan en esta provincia vasta con los riscos accidentados de Pancorbo y los valles fértiles de Mena, junto al montañoso Villarayo.

Del mismo modo en Burgos, ciudad, junto al barrio de Santa Agueda, constituido por vetustos caserones; junto a las viejas y humildes casuchas próximas a Santa Gadea, que agrupándose y como sosteniéndose unas a otras, van a cobijarse bajo la Catedral gótica y poderosa; junto a todos estos vestigios del pasado, prones del tiempo, recuerdo de una nobleza egoísta y guerrera, de un catolicismo áspero y dominante, se pierden los modernos edificios, los bancos y hoteles lujosos, las construcciones ligeras generalizadas por la moderna arquitectura.

En cuanto a sus moradores, también se ofrecen en Burgos contrastes y diferenciaciones idénticas: coexisten en esta región el labriego rudo, sarmentoso, vieja estampa castellana, y el hombre del Norte, de genio suave y expansivo; la mujer burgalesa, descendiente por formación y ambiente de aquella Ximena, adusta y fuerte hasta en su amor por el Cid, arquetipo burgalés, y la mujer moderna, aireada en la costa cantábrica y que lucha con el peso de una tradición monástica.

Mezcla de tierra llana y montaña abrupta, de templos románticos y edificios modernos, de caracteres tradicionales y espíritu abierto, así se presentaba Burgos ante mí, en el año mil novecientos treinta y cinco.

A los pocos días de mi toma de posesión en el cargo, un funcionario judicial, inteligente, y que me había acogido cordialmente, me habló con toda reserva.

—Compañero. Usted no ha vivido casi por los pue-
blos estos, y no acierta a saber muchas cosas. Yo le hablo como un hermano y en interés suyo. ¿Usted me promete no molestarse por lo que le diga?

—No faltaría más — le dije —; yo se lo agradezco mucho.

—Entonces, voy a ser claro con usted. No conoce usted esto, y por eso incurre en algunas cosas que pueden perjudicarle. Conste, querido compañero, que no hablo por mí; yo soy más liberal que nadie, y a mí no me asusta nada. Yo vivo bien, me corro mis puerrecitas en Madrid, y tan contento; pero, aquí en Burgos, ya me ve usted más serio que nadie; por eso creo que usted está así como despistado...

—No le comprendo...

—Por ejemplo. Usted lleva aquí ya varios días y no ha hecho al Obispo la visita de cortesía.

—No. Yo no sabía, la verdad...

—¿Lo ve usted? Si a mí me ocurrió lo mismo al llegar. Pues debe usted hacerlo, porque cada uno pensaremos como sea, pero aquí es conveniente.

—No. Si yo no tengo ningún inconveniente en ver al Obispo, sino todo lo contrario. Es que, la verdad, no se me había ocurrido.

—Pues, sí, amigo; él lo agradece mucho, y es conveniente estar a bien con él. Haga lo que yo. Vaya a visitarlo, le enviará al día siguiente el «Bendice» de protocolo, y luego ya no tiene usted que molestarse más; se le manda tarjeta a primero de año y cumplidos.

—Créame que le agradezco el saberlo, porque si no, hubiera incurrido involuntariamente en su enojo.

—Yo sé que él ha preguntado ya por el nuevo Secretario. Otra cosa, una tontería, pero que se ha comentado ya. ¿Usted lee el «Heraldo de Madrid»?

—Sí, casi todos los días; me interesa mucho su información teatral.

—Conmigo, compañero, no tiene que disculparse; pero le aconsejo que no se lo vean en público, porque le mirarán mal. Haga usted lo que yo; a mí me gusta leer «La Vanguardia», y como aquí no tienen mucha simpatía los catalanes, la compro en una tiendecita cerca de casa, me la echo al bolsillo y nadie tiene que saber lo que yo leo.

—Procuraré seguir su ejemplo; no sé si sabré ser...

—Hipócrita, hipócrita; no se recate usted en decirlo; así hay que ser, o marcharse. Ya ve; se ha comentado el que bailara usted ayer en el Hotel.

—No soy amigo de bailes, pero salía de comer y creí que no hacía daño a nadie.

—¡Pero como es usted casado!

—Yo no lo he negado nunca; todos lo saben aquí.

Comprendí, por la mirada del compañero aleccionador, que no conseguiría convencerle, y me despedí de él.

Hermética, inasequible en su espesa tradición, Burgos había sabido siempre defenderse de la invasión liberal y republicana. A los pocos días de mi estancia en la ciudad, pude darme perfecta cuenta de que allí no se conocía aún la República. Se sabía vagamente que en el año 1931, las elecciones populares derrocaron el régimen monárquico, pero creían que se reducía todo a sostener al frente del Estado un Presidente con chaquet, en sustitución del Monarca uniformado brillantemente. Conocían al citado Presidente, por su visita, única y reciente, motivada por la inauguración de una iluminación espléndida en la Catedral, pero de la República democrática, que llevaba en vigor ya cuatro años, no existía el menor vestigio.

De antiguo había en Burgos un partido republicano —conservador, naturalmente—, pero algo así como una pequeña válvula de escape de ciertos ideales «equivocados».

Su Presidente había sido un buen burgués y burgalés, gran amigo del Obispo, y cuya esposa era Dama de Honor de varias Fundaciones, Catequesis y Roperos. La sociedad burgalesa perdonaba a aquel buen hombre y sus escasos amigos y correligionarios aquella pequeña maldad, y en el fondo amparaba su existencia, pues ella le permitía ofrecer al Gobierno republicano triunfante unos elementos que, siendo de tal idea, no habían de hostilizar ni atacar en modo alguno los fundamentos católicos y sociales imperantes.

Resuelta así la cuestión política, quedaba por resolver la social; asunto éste de más envergadura y que traía preocupados a los dirigentes acomodados.

Atiguamente—lo recordaban con pena en sus tertulias del Casino—no había existido problema alguno en este orden; esto lo creaban y fomentaban «unos cuantos vividores, que engañaban al pueblo, para su medro personal».

—¡Señor, Señor!—decía un rico comerciante, que había sido varias veces diputado—; ¡si aquí hemos estado siempre en paz y libres de estas cuestiones! ¿A qué vendrán estos canallas a pervertir esta buena gente de la región?

Mis frecuentes incursiones por la provincia, me hicieron ver la realidad del problema vivo y pavoroso. La mayoría de los campesinos tenían arrendadas sus tierras al dueño, propietario generalmente de un gran número de ellas, en diversos lugares de la provincia; el labriego, con su trabajo intensísimo, agotador, el de su mujer, auxiliar de la faena, y el de los pequeños, tan pronto como se sostenían en pie, acostumbrados a la privación, llegaba al fin de temporada a coleccionar unos cuantos quintales de grano. Apartaban de ellos unos cuantos destinados al consumo familiar del año, y el resto, por la dificultad de transporte y venta particular, eran adquiridos en masa, por grandes Federaciones o Sindicatos Agrícolas Católicos, compuestos por los propios dueños de las tierras y otros capitalistas de la ciudad; como podían fijar el precio del grano tales Sindicatos, por su control ejerciente en toda la zona, el campesino tenía que lanzarlo a precio bajo, y allí quedaba almacenado en los grandes Depósitos del Sindicato, para su lanzamiento al precio y en el momento conveniente.

La operación era, pues, sencilla; por el arriendo

anual, convertían al campesino en socio industrial, ahorrándose sus jornales y las preocupaciones y riesgos. Cuando el jornalero que se creía propietario, había levantado el fruto, el propietario verdadero, o más hábilmente, la Sociedad formada por todos los propietarios y hacendados, se quedaba con el grano, ya limpio y seguro, por el precio conveniente.

De la venta de este fruto, tenía que vivir todo el año el jornalero y su familia, pagar la renta del terreno y realizar los gastos de la nueva siembra; si no alcanzaba aquello para todo, la Sociedad, Federación o Sindicato, que con todos estos nombres había constituido Entidades, acudía generoso y solícito en su apoyo, y le facilitaba préstamos con garantía de la cosecha, préstamos que al ser reducidos de la misma con sus intereses, le iban hundiendo en la trampa y consumiendo sus energías vitales.

A este estado de cosas—campesinos arruinados en progresión creciente, sin otro horizonte que la miseria, con sus mujeres destrozadas por el rudo trabajo, y los hijos, sin instrucción ni aspiración alguna, habitando en miserables e inmundas casuchas—; ¡a esto llamaban en Burgos carencia de problema en el campo y reparto de la propiedad!...

El obrero de la ciudad, menor en número al del campo, llevaba allí también, y arrastraba una existencia mísera. La escasez de industrias y la afluencia de obreros portugueses, abarató el jornal abusivamente, y el obrero, falto de organización potente y de resistencia, tuvo que resignarse.

Los obreros ferroviarios, los de las fábricas nuevas, como la de Sedas, Minas en explotación y construcciones del Santander Mediterráneo y Directo Madrid-Burgos, fueron introduciendo lentamente, con los jornales de mejora, el espíritu sindical y las Organizaciones de resistencia, la vida social en la comarca; se crearon núcleos y Sociedades obreras en Miranda, Castrojeriz, Aranda y en la capital, llegando a funcionar en ésta un Ateneo obrero popular, que fué hogar y escuela del proletariado.

La sociedad burgalesa, intransigente y reaccionaria, desató su ofensiva contra estos intentos; el clero, enormemente influyente sobre los grandes capitalistas y dueños de industrias, persiguió a sus afiliados; se fundaron Círculos y Centros de carácter católico y pseudo benéfico, y donde no llegaba la atracción, funcionó el resort coactivo.

Pero la organización popular estaba en marcha y no se logró detener su avance. En el Ateneo popular se celebraron conferencias de intelectuales prestigiosos, no captados por el ambiente; se extendió por la provincia el espíritu nuevo, fundáronse Centros políticos izquierdistas; surgieron escuelas, bibliotecas y hasta en el Ateneo, Antonio José, el músico de alma infantil, adorado por el pueblo burgalés, organizó un Orfeón popular, que en sus excursiones por la provincia llevaba a los pueblos olvidados la alegría de unas canciones y el despertar a una nueva existencia más grata y generosa...

El resultado de aquel remover de las entrañas del pueblo no se hizo esperar; en las elecciones del año 1936, Burgos, la provincia clerical y reaccionaria, dió sus votos por primera vez a las izquierdas, y por primera vez, algún tiempo después, el pueblo, el campesino y el obrero, raíces de la sociedad, tuvieron en las Cortes un auténtico representante.

Se había saltado sobre los obstáculos; habían conseguido la victoria en buena lid, en los campos de la Ley y del Derecho, los dos principios tan repetidos enfáticamente por aquella sociedad burgalesa, siempre preponderante; pero fuera, frente a ellos, en actitud hostil, quedaba toda la fuerza reaccionaria que no perdonaba aquello. Y no perdonó.

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

Se
AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se
publica
en este
DIARIO

El Ministerio de Corporaciones de Italia está dispuesto a lanzar al mercado grandes cantidades de aceite vendidas a precios muy bajos por la España rebelde

Roma, 30 de noviembre. — En vista de los múltiples casos de especulación a lo que da lugar en Italia la venta de aceite, a pesar de los precios fijados por las autoridades, el Ministerio de Corporaciones acaba de dar instrucciones a los prefectos para poner término a estos abusos.

En su comunicado, el Ministerio dice que puede lanzar al mercado, en caso necesario, grandes cantidades de aceite, adquiridas a precio muy bajo en la España rebelde.

Alemania tal cual es

Del artículo de M. Pierre Bernus publicado en el «Journal des Débats», traducimos lo siguiente:

«Nada demuestra mejor el desequilibrio intelectual y moral de nuestra época que la actitud observada por muchas personas, en diversos países, con respecto a Alemania. Como ésta ha conseguido infundir miedo a gran número de nuestros contemporáneos, cada vez se oye decir más en Europa que, para tener paz, es absolutamente preciso dar satisfacción a sus reivindicaciones. Semejante tesis no puede apoyarse más que con el concurso de la hipocresía. Así, se fingen lamentaciones con respecto al castigo excesivo que sufrió después de la guerra y se alega que sus pretensiones están en parte justificadas. Es lo que ocurre especialmente con lo relativo a las colonias. Los que más hablan en favor del Reich son, naturalmente, aquellos que no tendrían que pagar los gastos de la pretendida reconciliación. En su celo, se niegan a tener en cuenta todos los hechos que prueban que no es una reconciliación lo que busca Alemania, sino los medios para establecer más fácilmente su dominio. Y, sin embargo, estos hechos son clarísimos. Hitler hace saber que no admite que se disputa su derecho a que se le entreguen territorios coloniales y no quiere que esta cuestión quede ligada a la organización de la paz.

En realidad, Alemania se propone maniobrar como lo ha hecho anteriormente. A este respecto, el doctor Goebbels, que es un cínico, recordó ayer, una vez más, con risa burlona, cómo procedieron los alemanes al rearme. Como es sabido, el Gobierno del Reich se declaró dispuesto a aceptar una limitación. Propuso la cifra de 300.000 hombres. Pero sólo trataba con ello de obtener el derecho a realizar públicamente cierto aumento con el fin de hacer más fácil el incremento secreto continuo que se procuraría en seguida legalizar para emprender una nueva etapa. Esto no ofrece la menor duda, y aquellos que pretenden que se hubiera debido coger a Alemania por su palabra no comprendieron jamás la operación.

En el discurso que ayer pronunció Goebbels dijo: «Hubiese sido torpe proclamar el servicio obligatorio

en 1933. Había que construir en secreto algunas ametralladoras, y algunas escuadrillas aéreas, aplicando el método de no hablar y sí trabajar. Una vez adquirido el convencimiento de que se corría un riesgo mínimo, presentarse ante el mundo y proclamar no lo que se quería hacer, sino lo que se acababa de hacer.» Esto por lo que se refiere al pasado. Pero el ministro alemán de Propaganda no es menos claro para lo futuro. En un párrafo que la agencia Havas no parece haber dado entero, declara en particular: «Cuando se juega al ajedrez, ocurre a veces que hay que sacrificar dos piezas para «comerse» la reina en el momento en que está mal defendida, o para dar jaque al rey. El juego no ha terminado y tengo la convicción de que seremos los que ganemos.» Dedicamos esta curiosa indicación a aquellos que, ya porque tiemblen delante de Alemania, ya porque se figuren que la resistencia necesaria al bolchevismo exige una capitulación ante el hitlerismo, quieren que entremos en el juego alemán. El doctor Goebbels hace ver muy claramente lo que ha sido este juego en el pasado y lo que será todavía. La partida continúa, en efecto, como él dice, y los dados están aún «cargados».

¿Hay en Europa, en países libres, gentes que se resignen al triunfo del germanismo? Pues que vean lo que pasa en Alemania y sabrán lo

que significaría este triunfo para la civilización oriental y cristiana. Hace dos días, el «Schwarzes Korps», revista de Himmler, jefe de la guardia negra de Hitler, explicó sin ambages lo que se propone hacer para estrangular al cristianismo, tanto católico como protestante. Como las Iglesias, que no quieren renegar de sus principios y traicionar el Evangelio, no se prosternan ante el ídolo, se va a tratar de reducirlos a la fuerza. No hace falta decir que se les privará de todo subsidio y que se confiscarán sus legítimas propiedades. Se creará, además, una religión del Estado «divinizada». «El Estado—dice el órgano de la política hitleriana—es la expresión del orden divino.» El Estado nacionalista quiere hacer prevalecer, en todos los dominios, el orden divino. Favorece lo que es natural y combate lo que va contra la naturaleza: tal es nuestra religión del Estado.» Esta religión del Estado tendrá que ser reconocida por encima de las confesiones. Los que a ella se adhieran serán denominados «Gott gläubig» (creyentes en Dios); formarán un cuerpo y a sus hijos se les dará una enseñanza religiosa especial.

Todo permite prever, para las Iglesias cristianas, una persecución agravada. Así lo anunciaba ya la reciente carta pastoral de los obispos católicos.

PIERRE BERNUS
(«Journal des Débats», 12-XII-37.)

Un documento que confirma el deseo de los rebeldes de disimular la ayuda extranjera que reciben

Barcelona, 2 diciembre. — En el frente de Aragón cayó en manos de los republicanos un documento que confirma cómo los rebeldes intentan disimular la ayuda que los italianos y los alemanes les prestan.

He aquí el texto del mensaje, firmado por el jefe de las fuerzas falangistas de Aragón y dirigido al jefe de una unidad de Falange:

«He recibido de la quinta división el mensaje siguiente que le transmito:

El generalísimo de los ejércitos nacionales ha decidido que no se em-

plee más en los comunicados escritos o verbales transmitidos por cualquier radio, hasta por telegrama cifrado, las palabras «italiano», «alemán» o cualquiera otra análoga que contenga una idea semejante. Asimismo, ha resuelto que no se diga más «modelo tal o cual» cuando por este «tal o cual» se designe una procedencia no española. Los italianos deberán ser designados con la palabra «legionario», y los alemanes con la de «negrito». De todo lo cual le ruego que tome nota. ¡Arriba España!»

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

Así, pues, desde su llegada a Bagnolles, la policía local es advertida de su peligrosa personalidad. Tal vez no sean ajenas a este exceso de celo administrativo las gestiones especiales de la policía italiana encargada de proteger los ocios del conde de Spoleto que también va por esos días a Normandía.

Sea lo que fuere, es lo cierto que la presencia de Carlo Rosselli en Bagnolles es inmediatamente señalada a las autoridades locales a quienes, como medida de precaución — como se hace de ordinario cuando se trata de delinquentes de derecho común salidos de la cárcel —, se envían sin demora su retrato y su «ficha».

El miércoles 9 de junio, Carlo y Nello Rosselli acompañan en su auto a la estación de Bagnolles a la esposa del primero que va por dos días a París para celebrar el décimo aniversario del natalicio de su hijo mayor.

Por la noche, ni Carlo ni Nello vuelven al hotel.

El jueves, 10 de junio, al mediodía, se halla abandonado en un camino vecinal, cerca del pueblo de La Chapelle-Moche, el auto propiedad de aquéllos.

Avisados los gendarmes, no se inmutan a pesar de

que no puede haber duda — pues la placa que lleva el nombre del propietario lo afirma — de que se trata del auto de los dos hermanos repentinamente desaparecidos.

Hasta la mañana del viernes, 11 de junio, no son descubiertos, por casualidad, los cadáveres de Carlo y Nello Rosselli, por un campesino que pasaba cerca del castillo de Conternes, a pocos metros de la carretera, ocultos entre ramales. El uno y el otro están cosidos a puñaladas asestadas con una violencia inusitada.

La policía, por último, se inquieta.

Reconoce el auto, del que no se había preocupado hasta entonces, y encuentra, dentro de la capota, una bomba cuya mecha está apagada. Inquieta, anuncia poco después que tiene la pista de dos o cuatro malhechores, hace pesquisas dos días después en París en los domicilios de dos honrados ciudadanos, directivos del Partido socialista italiano, amigos de Rosselli, y no vacila en llevarlos a la Comisaría, confiesa después que se ha equivocado y asegura que no abandonará el asunto.

El entierro de Carlo y Nello Rosselli se efectúa el sábado, 19 de junio, en París, y adquiere el carácter de verdadera apoteosis. Ciento cincuenta mil personas acompañan los féretros al cementerio del padre Lachaise.

Al día siguiente por la mañana — como obedeciendo a una consigna — toda la prensa informativa cesa de ocuparse de las investigaciones policíacas. Después de todo, Carlo Rosselli no es sino un muerto más, en tanto que el fascismo sigue estando vivo.

El silencio oficial y oficioso envuelve el drama de Bagnolles.

¿Tendrá el Tercer Reich su iglesia particular?

Se atribuye a los dirigentes nazis el propósito de fundar, basándose en las doctrinas hitlerianas, una nueva comunidad cristiana capaz de neutralizar la influencia del protestantismo y del catolicismo en Alemania

Berlín, 9 diciembre. — Continúa sordamente, con algún estallido de cuando en cuando, la lucha entre el régimen «nazi» y las Iglesias católica y protestante.

La declaración del obispo católico de Berlín, de que la unidad de la nación alemana se halla en peliempo a causa de la opresión que ahora sufre el catolicismo en el Reich, ha provocado una violenta réplica del periódico «Angriff», que ataca a fondo al catolicismo «político», alegando que los prelados romanos no luchan por la religión ni por el cristianismo, sino por conservar sus privilegios políticos.

No corren mejores vientos para la Iglesia protestante ortodoxa, muchos de cuyos pastores están aún en la cárcel.

Esta situación ha dado origen, en las últimas semanas, al rumor según el cual se va a crear una «tercera Iglesia»; la primera sería la católicorromana, la segunda, la protestante de Lutero, y la tercera, a lo que parece, la nacional-socialista.

Se ha dicho que gran número de teólogos y de pastores protestantes darían su adhesión a esta iniciativa.

Créese que esta tercera Iglesia atraería a muchos, es decir, a aquellos pastores y fieles que se sienten atemorizados por los procedimientos gubernamentales.

Las declaraciones oficiales, mientras tanto, siguen proclamando que el régimen «nazi» no quiere intervenir en las cuestiones religiosas.

(«Petit Parisien», 10-XII-37.)

Antiniponismo en los Estados Unidos

El pacifismo se convierte en belicoso

De un artículo de Paul Schaffer traducimos lo siguiente:

Nueva York (fines de noviembre). — 19 años después de la guerra europea, la política que impera en América es la del «espléndido aislamiento», es decir, de indiferencia para todos los acontecimientos exteriores. Pero es interesante observar cómo América, al mismo tiempo que se aparta de la política internacional, siempre que no afecte a sus propios intereses, con el conflicto chino-japonés nos demuestra el error de aquella conducta. América es profundamente antijaponesa en las actuales circunstancias y se muestra favorable en absoluto a China. No es el temor por la seguridad de América lo que determina esta profunda aversión a los nipones. América se ha pronunciado abiertamente contra el Japón por el carácter belicoso de este país.

La idea pacifista lo domina todo aquí, y en las más altas esferas sociales es donde está más arraigada. Al Japón se le considera como destructor de la paz, como potencia imperialista que busca expansión en tierras ajenas y que no tiene en cuenta más que sus propios intereses. El temor de que el mundo pueda dividirse en dos bandos: el de las naciones agresoras y el de las naciones demócratas, defensoras de la paz, ha ido en aumento desde que estalló la guerra en el Extremo Oriente. Es también evidente que grandes fuerzas políticas americanas intentan colocar a otras potencias en su tragedia contra el Japón.

En el amplio frente popular e industrial se trama un boicot contra el Japón, del cual se hablará y se escribirá mucho.

(«Berliner Tageblatt», 6-XII-37.)

La reconstitución del crimen no parece excesivamente molesta.

La bomba hallada en el auto hace posibles — es cierto — dos suposiciones igualmente verosímiles: o los asesinos concibieron en primer término el proyecto de volar el coche con sus ocupantes (en este caso el explosivo y la mecha hubiesen sido colocados en el lugar donde fueron hallados ya en la estación de Bagnolles, o en Alençon, donde los hermanos Rosselli se detuvieron unos momentos para visitar una fábrica de encajes); o pensaron una vez realizado el crimen, llevar los cadáveres al auto y provocar enseguida la explosión del vehículo con la esperanza de despistar a la policía.

Pero no ofrece duda que, en las dos hipótesis, un mismo pensamiento diabólico presidió la elaboración del plan criminal: el de hacer creer que el asesinato de Carlo Rosselli era un accidente provocado por la explosión de unas bombas que no hubiesen sido difíciles de inventariar entre los objetos que constituían el equipaje habitual de la víctima, a quien se clasificaba, seguramente, más tarde o más temprano, entre los profesionales del terrorismo.

En cuanto al crimen en sí, todo el mundo está de acuerdo en reconocer que su ejecución no pudo efectuarse más que en las siguientes condiciones:

Carlo y Nello Rosselli regresan de Alençon a Bagnolles pasando por Conternes. En un recodo de la carretera, cerca del castillo del mismo nombre, un auto gris, que les había adelantado unos momentos antes, les espera.

(Continuará)